

EL CAUTIVO

Movió la cabeza lentamente sobre la almohada dura y maloliente, mientras reposaba de espaldas en el catre desvencijado. Todo era oscuridad y silencio. Abrió sus ojos pesadamente y los fijó en el techo alto de la celda. Revisó la textura pétrea de la bóveda en completa oscuridad, para distinguir apenas unos estratos de sombra, unas irregularidades en la superficie que dificultosamente eran reconocibles en la densa penumbra. Volvió a cerrar los ojos y a hundirse en el sopor que lo aplacaba. Ya no sabía desde cuando había permanecido en esa fría y oscura dependencia carcelaria de aislamiento. No sólo la oscuridad constreñía el mundo ya reducido de su cárcel, sino que además lo atontaba la pérdida de la noción del tiempo y de las cadencias de los días y las noches. El dormir por tiempos indefinidos y sin referencias temporales lo mantenía en un total desconcierto y ya no podía contar las noches, las horas o los meses. Le parecía que todo estaba detenido al interior de esa abrumadora soledad.

Sin saber con qué frecuencia y teniendo para él un ritmo aleatorio e impredecible, un delgado rayo de luz se descolgaba y cruzaba el aire nauseabundo, iluminando las partículas que flotaban y construyendo una especie de lanza luminosa que se incrustaba a un costado de la perforación rellena de arena y excremento. Circulaba siempre en la misma dirección como repitiendo una misma y monótona palabra luminosa, para desvanecerse en forma casi instantánea a poco de haber aparecido.

No podía determinar ni con amplia tolerancia, desde cuando estaba allí. Era como una lejana y difusa sensación de una vida antigua y diferente, difuminada en la mansa pesadumbre de todos los instantes presentes, sin hallar en su memoria la zona de transición, los acontecimientos que lo condujeron desde otra vida a esta que ahora le pertenecía. A veces, medio despertaba y en su mente había imágenes aisladas, entrecortadas de una infancia que le parecía la suya. Unos niños jugaban y correteaban y había un pino verde y soleado. Luego se diluían y le afloraban otros recuerdos de una ventana y de la lluvia que caía lenta y amarga y lloraba sobre los cristales.

Sólo el carcelero irrumpía en su inconsciencia y rasgaba la noche con el rechinar de los metales de la pequeña puerta que entreabría. Volcaba agua sobre su jarro de metal y dejaba sobre el suelo un trozo de un enrarecido pan. Luego giraba lentamente y por unos instantes, arrastraba la mirada sobre el camastro para constatar al prisionero. No le importaría que estuviese muerto, sólo que permaneciera dentro de la celda. Le bastaba advertir el bulto humano en la oscuridad cavernaria.

Hacía tiempo que había cesado su conteo de estas breves y desinteresadas visitas. Al principio le permitía una hebra de contacto con el mundo exterior, pero luego le agredía el silencio y el desprecio del hombre aquel, y sin percatarse se hizo casi indiferente a su llegada. Así perdió la cuenta varias veces.

Pero luego, como aquella verdad oculta que los ritos musitan con otros ecos de llamada, le inquietó la difusa imagen de aquella cara sombría, borrada por una espesa barba y una cabellera que apenas le dejaba descubrir los ojos. En esos escuetos instantes de verificación, el cautivo hacía esfuerzos para formar una idea de como sería la cara de su carcelero. Necesitaba distinguirlo, saber que tenía rostro, para recordar como eran más allá de los que circulaban indefinibles en sus pesadillas. Ya no se acordaba ni de su propia fisonomía y al palparse la cara no lograba recordar como había sido. Su última esperanza de recobrar identidad era creer que al menos era diferente, aunque no supiera de qué modo. La oscuridad tan abismante y la tenue luz que parecía venir adherida a sus negros ropajes, le impedían verle ni discretamente el rostro huidizo. Lo odiaba por eso, porque le había privado de toda palabra, de toda mirada franca, porque le daba de beber una agua indescifrable y un pan sin luz, porque existía la sospecha de que su olvidado propio rostro fuera idéntico a aquel que no se dejaba ver, y que todas estas cosas fueran para siempre.

También odiarlo le recordaba una fibra de vida en medio del abandono más tenaz e inderrotable. Pensaba que serle nada unicamente indiferente lo llevaría a aceptar una suerte de familiaridad, jalonaría su vida con la sola presencia del carcelero, nada más que su presencia sin que llegara a notarla. Entonces sin recordar cómo, al abrir los ojos se encontraría el agua y el pan negros y no tendría nada que sentir. El carcelero se habría apoderado silenciosa y desdeñosamente

de su vida miserable, de todos sus momentos, de su historia desaparecida. Ambos serían la misma cosa, indistinguibles en la noche de su celda.

Esos pensamientos lo llenaron de miedo y sintió un frío inmenso y abrazador. Le pareció que el rumor de la muerte lo llamaba. Se incorporó del catre que entonó su metálico canto compañero y movió sus débiles pasos hacia el rayo de luz que acababa de penetrar la celda. Quería ver sus manos y agradecer esa mirada de lo humano. Las puso bajo el tímido haz y se alzó su contorno y contempló su forma de surco. Luego acercó el pecho al rayo de luz y comenzó a girar sobre sus pies descalzos y pausadamente y con hambre, se adentró en un baño de cielo y ansió la simplicidad del agua que bebió con gratitud y le lavó la cara.

El rayo expiró como antes y el hombre regresó a su lecho y quiso dar a su última conciencia un sentido diferente. No moriría creyendo que alguien, desconocido e indiferente, le había quitado la vida, casi sin darse cuenta. Al menos por eso que podría ser una noche, viviría. Había oído por primera vez la voz de su más irreductible e íntima esencia. Así tendido como infinitas veces antes, pensó en el cielo por la noche y en el techo de su celda y con los ojos cerrados, vio estrellas resplandecientes y penetró la inmensidad. Luego quiso sentir el aroma del campo cubierto de rocío al amanecer y a su recuerdo llegaron las flores brillando al sol y las verdes praderas de su infancia. Y en medio de sus plácidos pensamientos se acordó de la alegría.

Se quedó dormido y soñó con niños y con juegos y con arena y con una mujer blanca y desnuda que se desvanecía y le dejaba una sensación de intimidad

ASPARRÉN

y calor. Como antes, no supo cuanto había dormido, pero al despertar había aire fresco y por largo tiempo no se oyeron pasos ni el arrastrar metálico de la puerta. Se incorporó ingenuo y sorprendido, con un fragmento de extraña credulidad. La puerta estaba completamente abierta, el jarro repleto de agua, el pan despedía aroma y tibieza y ya nadie celaba su cautiverio.